

Pero entonces se hace el caos

Gwendyr supo que aquello iba a terminar mal desde el momento en que Karamyr sacó uno de sus lápices azules. Apenas comenzaba a amanecer cuando ella decidió que iba siendo hora de tomarse el tiempo de extender las alas y solo volar por el placer de hacerlo. Había planeado una mañana tranquila. Con sorprendente facilidad logró evadir sus responsabilidades por el día e incluso, convencer a su padre de que la dejará salir sin escolta. Entonces Karamyr Siras, alias: "el dolor de cabeza más divertido de su vida" se apareció en su puerta. Tenía un brillo en los ojos que destruyó toda esperanza que Gwendyr pudiera haber tenido de que su día fuera como lo había planeado. Conocía lo suficiente a su mejor amiga como para saber que esa emoción poco contenida significaba que se le había metido alguna idea en la cabeza que la motivaba lo suficiente como para que realmente quisiera ponerla en práctica. Cuando eso pasaba no había ser en el mundo que pudiera detenerla. Gwendyr solía ser parte de esas ideas y escaparse nunca era una opción. Así que cuando la chica de alas moradas le informó de cómo planeaba robar el cargamento de gemas de contrabando de un pirata, ella no opuso mucha resistencia.

Habían volado por horas y esperado lo que parecían siglos hasta que finalmente tuvieron delante el barco que iban a robar, o en las palabras de Siras: del que iban a rescatar las gemas. En el mástil ondeaba una bandera negra en la que habían bordados un palomo y dos sables cruzados. Ese fue el momento en que Gwendyr comenzó a arrepentirse de haberse metido en aquella locura sin conocer antes cada detalle. La bandera pertenecía a Marley Vicram, quien podía ser considerado, como mínimo, el pirata más temido de todo Crownir. No cambiaba nada saber eso, claro, ellas seguían allí y Karamyr seguía convencida de que la situación tenía un motivo de ser, así que descendieron sobre el barco desde un acantilado de la costa y Gwendyr rezó para lo que sea que su mejor amiga tuviera planeado, les saliera al menos lo suficientemente bien como para que no acabara en desastre.

Ahí estaban ahora, de pie en la cubierta del barco de uno de los hombres más peligrosos del mundo, rodeadas de piratas, y Karamyr no había desenvainado a Nightshade, la espada con una hoja cuyo veneno era de los más letales conocidos; tampoco había sacado un lápiz negro que podía causar la muerte si la self se las arreglaba para escribir la runa correcta; ni siquiera había activado el aura mágica de su armadura que la protegería de ataques físicos. No, Karamyr había sacado un lápiz azul. Si Gwendyr tuviera que definir la magia de su amiga en una oración, sería: "los dibujos cobran vida, pero entonces se hace el caos". Dudaba que existiera un mejor resumen. La self tenía el poder de dibujar, escribir runas y básicamente garabatear cualquier cosa y que eso tuviera un efecto real, con diferentes niveles de eficiencia. El color tenía mucho que ver en el resultado final. Existían una teoría y una lógica que ella había desistido hacía años de intentar comprender del todo, pero había cosas básicas y hasta obvias, como que el blanco nunca sería muerte o el verde no causaría desesperación. Sabía que Karamyr llevaba meses estudiando el azul. Era el color de la inteligencia, del mar, de las cosas

valiosas. Existía una infinidad de variaciones, tonalidades y especificaciones que llegaban a ser fascinantes, pero luego estaba la parte del caos. La magia podía ser impredecible. No eran pocas las ocasiones en que se descontrolaba y lo que salía estaba muy lejos de ser lo que se esperaba. Mientras más conocía Karamyr la teoría de algo, más fácil le era lograr un efecto específico, ahí es donde estaba el motivo de que de repente los pronósticos de Gwendyr fueran, cuanto menos, pesimistas. Karamyr estaba lejos de entender el azul.

—¿A qué debo yo el honor de la presencia de una salf de alas blancas en mi barco? —preguntó alguien y Gwendyr no tuvo dudas de que era Marley.

El pirata tenía ambas manos apoyadas en un par de sables que colgaban de su cintura. Por sus brazos se extendían una serie de tatuajes de figuras a las que ella no encontraba sentido, pero de las que no parecía poder apartar la mirada. Era joven. Mucho más joven de lo que esperaba, aunque sobre la vida de aquel hombre existía una infinidad de leyendas de las que ya nadie sabía diferenciar la verdad. Gwendyr encogió las alas. No le sorprendía que el pirata se fijara en lo mismo que el resto del mundo, las alas que la convertían en la heredera de Crownir. Era de esperar. No hacía que odiara menos el hecho de que sus plumas blancas identificaran y definieran toda su existencia. A su lado, las alas de un violeta casi negro de Karamyr se sacudieron con suavidad, como si tuvieran vida propia y quisieran llamar la atención.

—Me ofende que solo te fijes en las alas de Gwendyr —dijo Siras—. El morado es claramente superior.

Todas las miradas se dirigieron a Karamyr, incluida la suya. La chica movía el lápiz azul entre los dedos con agilidad y eficiencia, de un dedo a otro, luego otro y de vuelta a empezar. El brillo en sus ojos seguía ahí.

—No me atrevería a contradecirla, señorita —respondió el pirata—, pero todavía me interesa la respuesta a mi pregunta.

—Hablando del morado —continuó Karamyr, ignorando la exigencia de Vicram—. Escuché que le llevas algunas gemas a un mercader del que me acordaría del nombre si fuera importante. Yo es que ando en una búsqueda. Alguien me dijo que...

—Karamyr —interrumpió Gwendyr.

—Cállate, Silverstone, le estoy explicando sobre... Ah —El lápiz dejó de moverse—. Si fuera tú no haría eso.

Sus ojos estaban ahora fijos en uno de los piratas, que apuntaba hacia ella un arco cargado. Gwendyr sabía que, si el hombre disparaba, no fallaría. Era un depredador, una especie creada para la caza. Sus ojos de doble pupila lo delataban. No fallaría, pero nadie sería lo suficientemente rápido como para detener a Gwendyr de matarlos a todos si esa flecha llegaba a su objetivo. Marley debía de ser consciente de eso, porque dirigió

al cazador una negación de cabeza que le hizo bajar el arco. El lápiz azul comenzó a moverse de nuevo de dedo a dedo.

—Como decía —Karamyr pasó la vista por la tripulación hasta acabar en Vicram—, alguien me dijo que el morado no existe. Estoy aquí para que tus gemas me ayuden a probar lo contrario.

—Ya veo —Marley la miró con una expresión de seriedad que Gwendyr encontró, tal vez, demasiado preocupante—. Desgraciadamente esas gemas ya tienen dueño y yo soy un hombre de palabra.

—Podríamos comprarlas —sugirió la salf de alas blancas en un intento de evitar todo lo que vendría después. Un intento inútil, supo cuando Karamyr levantó una ceja en una expresión que le dejaba claro que la chica se quejaría por meses de que ella hubiera intentado detener su momento de diversión.

—Las gemas tienen dueño —insistió Marley—. Y ustedes siguen estando en mi barco sin autorización. Cambian eso ahora o voy a tener que dejar de ser educado.

—¿Podemos, por favor, estar en su barco, señor pirata? —Karamyr sonrió, con demasiado entusiasmo, resaltando el tono sarcástico de la pregunta que a ella la hacía dividirse entre querer matarla y querer reír.

Marley sonrió de vuelta. Gwendyr desenenvainó una de las cuchillas que llevaba en el pecho y con un movimiento de su muñeca, el arma creció hasta convertirse en una lanza.

—Que sepas que me caes mal, Karamyr, y que me debes unos años de paz luego de esto —dijo, cerró los ojos y cuando los volvió a abrir estaban cubiertos de sombras. El blanco de sus alas se había convertido en rojo sangre.

—Yo también te quiero —respondió Siras y luego todo fue caos.

Gwendyr fue consciente de como toda una tripulación de piratas se lanzaba hacia ellas dispuestos a llevarse a casa un par de alas como trofeo. Fue consciente de como Marley desenenvainaba sus dos sables y sus tatuajes parecían cobrar vida. También fue consciente del primer trazo de azul que Karamyr hizo. Solo el primero. Una simple raya azul en el suelo del barco y el mar se apoderó del mundo. Vale, tal vez decir que el mar se apoderó del mundo era exagerado, pero a Gwendyr definitivamente se lo pareció cuando una ola desproporcionada surgió de la cubierta y chocó con las que también se elevaron alrededor del barco, haciéndolo desaparecer bajo las toneladas de agua salada que de repente eran todo lo que la rodeaba. Perdió la noción de dónde estaba o a dónde había ido la nave en la que se encontraba parada un segundo antes. Las mareas perdieron todo el sentido a la vez que la magia seguía brotando de la línea azul que se encontraba en algún lugar, en algún trozo de madera que Gwendyr dudaba que siguiera unido al resto de la embarcación. Intentó conjurar al viento, al oxígeno en él al que no podía llegar

desde el fondo del océano, pero como si la situación no fuera lo suficientemente terrible ya, sus habilidades también parecieron entrar en rebeldía y el viento, caprichoso él, ignoró su llamada. Así que Gwendyr se ahogaba. Sus alas eran un peso inútil a su espalda que más que ayudar, aumentaban al control que ejercían las corrientes caóticas sobre ella. Tenía una afinidad con el viento y moriría ahogada. Al menos sería poético. Eso pensó un momento y al siguiente estaba en el cielo. Karamyr la sostenía y una sonrisa se extendía por su rostro.

—A que es bonito —dijo Siras.

Gwendyr no respondió. Movió a las corrientes y esta vez, al menos, el viento obedeció. Sus alas se extendieron y cuando se sostuvo por sí misma en el aire, le dirigió a Siras una mirada ante la que cualquier otro hubiera huido. Una mirada que había hecho a enemigos rendirse antes de que ella quisiera desenvainara su arma. Una mirada ante la que la sonrisa de su amiga solo creció.

—Podría matarte —dijo Gwendyr.

—Me halagarían tus esfuerzos, pero mejor luego, ahora en serio, mira, es hermoso.

Ella bajó la vista al mar y se encontró con un caos de olas en diferentes direcciones, remolinos de azul, piratas intentando salir a flote y trozos de barco chocando unos con otros. En medio de todo el desastre estaba Marley Vicram. Se encontraba agachado sobre un trozo de madera que de forma milagrosa se mantenía estable, una sección de lo que debió de ser la cubierta. Tenía el ceño fruncido y la vista fija en la pequeña línea azul de la que salía un hilo de agua cada vez más fino. El pirata ladeó la cabeza y, tras recorrer el trazo con un dedo, murmuró algo que ella no alcanzó a oír. El océano se calmó de golpe.

—Luego hablaremos de tu concepto de hermoso —dijo Gwendyr—. Ahora mismo estoy más interesada en saber qué acaba de pasar.

Descendió sin esperar respuesta y se detuvo a pocos metros del pirata, manteniéndose en el aire.

—Eran bonitas de rojo —Vicram señaló sus alas con la barbilla.

—No te interesaría saber lo que pasa después de que cambian de color.

—Adivino, guapa, ¿muere gente?

—¿Qué tipo de magia fue esa?

—¿Por qué te diría mi secreto?

—¿Sirve para encontrar cosas en el mar? —preguntó Karamyr dejándose caer sobre los restos flotantes de la cubierta—. ¿Gemas, tal vez?

Gwendyr dejó escapar un gruñido de frustración y bajó junto a su amiga. Siras iba a conseguir que la mataran y a ella la idea estaba dejando de parecerle divertida.

—Así que en busca del morado —dijo el pirata con una sonrisa antes de recorrer con la mirada el paisaje que los rodeaba. La tripulación comenzaba a reunirse sobre los restos flotantes de madera—. Ustedes me deben un barco. Dos, si voy a sacar algo de esto. Si la señorita heredera al trono me da su palabra real de salt y todas esas cosas sagradas, puede que te ayude a encontrar lo que buscas.

Karamyr la miró, levantando las cejas. Ahí estaba de nuevo, el brillo en su mirada.

—No —dijo ella.

—¿Por favor? —Siras se encogió de forma casi imperceptible. Casi.

—Te odio.

—Decidido entonces.

Marley extendió una mano hacia Gwendyr. La salt suspiró. Aquel era un compromiso que no podría ser roto. Nunca había sido roto. La misma diosa Galis lo había establecido al traer a su raza a Crownir. Era una ley sagrada de los salt y ella estaba a punto de comprometerse con un pirata. Suspiró con resignación, extendió una de sus alas y arrancó una pluma. El dolor se extendió por toda el ala y le recorrió la espalda por un momento que, como siempre, su cerebro elegía procesar como si fuera una eternidad. Dejó la pluma blanca en la mano del pirata.

—Dos barcos —dijo.

Marley sonrió, metió la mano en el macuto que llevaba colgado del hombro y sacó una bolsita de cuero que le lanzó a Karamyr.

—Ahora que todos los negocios están hechos, creo que ya pueden abandonar mi cubierta.

Karamyr hizo una reverencia burlona y antes de que Gwendyr pudiera replicar, agitó las alas y se alejó sin esperarla. Ella maldijo.

—Siempre tienes que hacer una escena, ¿verdad? —preguntó al alcanzarla.

—¿Dónde estaría la diversión en lo contrario?

—No revisaste la bolsa, Karamyr, no puedes hacer negocios y no revisar el pago. Que sepas que esta es la última vez que hacemos algo así, se suponía que tenías un plan.

—Eso dijiste la última vez. Y sí, tenía un plan. Lo medí todo. Claro que nunca dije que fuera buena midiendo.

Cuando perdieron el mar de vista, se detuvieron en un risco. Gwendyr se cruzó de brazos.

—Ahora me explicas todo eso de la búsqueda del morado —dijo.

—Se supone que hay una sola cosa en el mundo capaz de probar que el morado existe. Me dijeron que estaba en ese barco.

—Y claro que tú no podías no probarlo.

—Es el morado, Silverstone, es toda la esencia de mi apellido y...

—Sí, sí. Abre la bolsa.

Karamyr, gracias a Galis, obedeció sin discutir. Sacó la bolsa de cuero, vació el contenido en su mano y frunció el ceño. Gwendyr se echó a reír. Se echó a reír como no lo había hecho en un tiempo. Rio sin que pudiera evitarlo mientras Karamyr se dividía entre mirarla mal y mirar su mano con perplejidad.

—Es una mora —dijo Siras.

—Es una mora —confirmó ella.

—Me niego —Karamyr sacó el lápiz azul—. Era una gema y una gema será, lo quiera el pirata o no.

—Voy a morir joven, ¿verdad?

Karamyr dibujó una runa en la superficie de la mora y entonces se hizo el caos.